119 Una conspiracion femenina

11176

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Imprenta que fué de **Operarios**, calle del Factor núm 9.

à cargo de D. F. R. del Castillo.

1851.

OBRAS PUBLICADAS.

—

La creacion del mundo, y el Diluvio universal.
¡Es un Angel!
Trabajar por cuenta agena.
La Gloria del Arte.
Juan sin Tierra.
D. Sancho el Brabo.
Para Heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Mi Mamá.
El 5 de Agosto.
Los Amantes de Chinchon, (Paródia de los Amantes de Teruel.)
El ensayo de una ópera. (Zarzuela.)
Un dómine como hay pocos.
Juan sin Pena.
Las Guerras civiles.
Traidor, inconfeso y Mártir.
La banda de la Condesa.
Nobleza contra Nobleza.
Un amor á la moda.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
La Madre de San Fernando.
Los Amantes de Teruel. (Refundida.)
Un Paje y un caballero.
Las flores de D. Juan.
Con razón y sin razon.
Lecciones de amor.
De audaces es la fortuna.
Las apariencias.
Llueven hijos.
Al mejor cazador.
Afectos de ódio y amor.
Los instintos de Alarcon.
D. Bernardo de Cabrera,
Arcanos del Alma. (Primera parte.)
Una falta.
La Verdad en el Espejo.
Negro y Blanco.
Entre bobos anda el juego.
El Fausto.
Si Dios quiere.

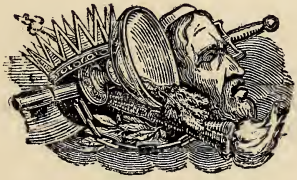
UNA CONJURACION FEMENINA.

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

DE

Don Ramon de Navarrete.

Estrenada con general aplauso en el teatro del Príncipe, el miércoles 14 de Enero de 1852.



MADRID:—1852.
Imprenta que fué de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo
Calle del Factor, núm. 9.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. FABIAN, *empleado jubilado.*	D. PEDRO LOPEZ.
SERAFINA.	DOÑA MARIANA CHAFINO.
PAZ.	DOÑA JOSEFA PALMA.
MARIANA.	DOÑA JOSEFA NORIEGA.
D. DIEGO, *rico propietario.* . .	D. MARIANO FERNANDEZ.
D. LUIS, *músico.*	D. ANTONIO GONZALEZ.
D. CARLOS, *folletinista.* . . .	D. ANTONIO LOZANO.

La escena es en Madrid, en casa de D. Fabian.

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galería titulada EL TEATRO.

Al Sr. D. Frutos Alvaro.

Su buen amigo

Ramon de Navarrete.

672125

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/unaconjuracionfe3821nava

ACTO UNICO.

El teatro representa un salon sencillamente adornado: puerta de entrada en el fondo: á la derecha el despacho de D. Fabian: á la izquierda el cuarto de sus hijas.

ESCENA PRIMERA.

D. Fabian, *leyendo una carta.*

«Mi querido amigo: tengo el gusto de anunciarte que llegaré á esa corte el jueves por la mañana.» ¡Es hoy! «De diez á once.» Dentro de media hora! «Nuestra amistad ha sido siempre tan fraternal y tan sincera, que supongo te ofenderias si yo me alojase en otra parte que en tu casa.» Es claro. (*Llama.*) ¡Mariana! «En los doce años que he permanecido en Filipinas, aunque envejeciendo, no he perdido el tiempo.» Quiere decir que viene rico... «Y tengo planes acerca de tu familia, que te esplicaré cuando nos veamos. Tus hijas deben ser ya unas mujercitas, y si han realizado lo que prometian, serán unas preciosas muchachas.» (*Llama.*) ¡Paz, Serafina! «Háblales de mí, anúnciales mi llegada, y diles que mi eleccion recaerá no en la mas bella, sino en la mas formal y hacendosa.» Ya no cabe duda! Desea casarse con mis hijas... Esto es, con una de ellas. Qué

felicidad! Cuando dice que no ha perdido el tiempo, es que vuelve hecho un potentado, un Príncipe... Serafina, Paz, Mariana! Dónde demonios estais?

ESCENA II.

DICHO, SERAFINA, PAZ, MARIANA.

SERAF. Qué voces da usted, papá!

PAZ. Pero qué ocurre, señor?

FABIAN. Ocurre... ocurre... Mira, Serafina, ve tú corriendo á mandar que avien el cuarto azul... que hagan la cama, que pongan la colcha de damasco verde, y que enciendan un buen brasero.

SERAF. Y para quien son tantos preparativos?

FABIAN. No sabes que llega D. Diego, mi antiguo amigo D. Diego? No os acordais?

PAZ. Calle! D. Diego?

SERAF. Aquel señor que nos daba dulces?

MARIANA. Y que nos tiraba de las orejas?

PAZ. Que viejo debe estar ya!

FABIAN. No tal: tiene mi edad.

SERAF. Y qué, se cree usted un chico?

MARIANA. Apostaria á que pasa de los sesenta.

FABIAN. Pero es tan bueno, tan cariñoso...

SERAF. Si se le habrá curado el asma?

FABIAN. Y tan rico...

MARIANA. Qué tos la suya! Y como no tenia dientes, la rociaba á una cuando tosia.

FABIAN. Ha estado doce años en Filipinas, y me escribe que llegará de un momento á otro á casa...

SERAF. Toma! Y no hay fondas en Madrid?

FABIAN. Y que os trae preciosos regalitos!

SERAF. Ah! Voy corriendo á que le arreglen el cuarto. (*Vase y vuelve á salir á poco.*)

FABIAN. Es menester que procureis agradarle.

PAZ. Buena conquista la suya!

FABIAN. Por qué no? Es soltero, no tiene parientes inmediatos, y si le diese la gana de casarse...

SERAF. Casarse? A su edad? (*Volviendo á salir.*) Y encontraria con quien?

FABIAN. Tú siempre tan loca, tan deslenguada! Es claro que encontraria! Cuanto mas vale un hombre asi, que ninguno de esos barbilindos, de esos polluelos del dia!

SERAF. Yo prefiero los pollos.

PAZ. Y yo.

MARIANA. Y yo.

FABIAN. Porque sois unas majaderas; porque no conoceis el mundo. Vamos, ya que es menester decíroslo todo, sabed, hijas mias, que D. Diego viene á casarse con una de vosotras.

SERAF. De veras?

MARIANA. Qué horror!

PAZ. Abrenuncio!

SERAF. Sin conocernos?

PAZ. Sin saber cómo somos?

FABIAN. Por eso hará su eleccion despues de haberos conocido, y dará su nombre, su mano, y sus riquezas, á la que sea mas formal y hacendosa.

SERAF. En ese caso, yo lo soy menos.

MARIANA. Yo no le petaré.

PAZ. Yo soy un trueno y una holgazana.

FABIAN. Silencio, niñas. Ahora mismo vais á vestiros para recibiá mi amigo, y quiero que os pongais los trapitos de cristianar. Cómo se entiende! Perder una proporcion tan ventajosa, cuando no se encuentra un marido por un ojo de la cara! Acordaos de que sois pobres, y en este siglo á las muchachas pobres las entierran casi siempre con palma. Asi, exijo, mando y ordeno que ostenteis á sus ojos todas vuestras gracias y habilidades; que os mostreis modestas y sencillas; y en fin, que os disputeis legítimamente la conquista de ese Creso moderno.

SERAF. Yo me juzgo indigna de él.

MARIANA. Yo hago dimision.

PAZ. Yo me retiro con mis honores.

FABIAN. Basta de bromas: quiero ser obedecido al punto. Y sino os envio á Soria con vuestra tia la abadesa de las Recoletas.

SERAF. Ay qué desgracia! (*Llora.*)

PAZ. Casarse con aquel viejo asmático!

MARIANA. Primero me tiro por el balcon!

SERAF. Me ocurre una idea.

PAZ y MAR. Cuál?

SERAF. Chit! Venid: mientras nos vestimos os la comunicaré. Vamos.

PAZ y MAR. Vamos.

ESCENA III.

D. FABIAN, *á poco* D. DIEGO.

FABIAN. Qué dóciles son! Unas malvas... lo que se llama unas malvas! Lo mismo que su madre, la cual no me replicó nunca. Cierto es que yo no hice siempre sino su santa voluntad! Fortuna semejante! Casar una hija con un millonario! Si me ha de dar algo de alegría.

(*Aparecen al foro D. Diego y dos criados con un gran equipaje. Aquel trae una jaula con un loro, un estuche debajo del brazo, y un perrito con un cordon de la mano.*)

DIEGO. Pónganlo ustedes todo ahí.... y vayan benditos de Dios!

FABIAN. Diego!

DIEGO. Fabian! (*Se abrazan.*)

FABIAN. Ay!

DIEGO. Qué es eso?

FABIAN. Tu loro que me ha atenazado un dedo!

DIEGO. Pues es la primera vez que lo hace! Pobre animalito! Echará de menos su amada patria! (*Deja la jaula del loro sobre la mesa, y se sienta tomando el perrito encima.*) Pero no veo por aqui á tus niñas!

FABIAN. Se están adornando (*Sacudiendo el dedo*) para recibirte dignamente. Qué guapo y qué fuerte vienes! (*Ap.*) Cáspita! Está muy cascado!

DIEGO. Pues y tú? Te encuentro como te dejé. (*Ap.*) Está hecho un carcamal.

FABIAN. Y qué tal de salud?

DIEGO. Perfectamente: á no ser por la tos, el reuma, y el mal de piedra, estaria como á los quince años. Y tú?

FABIAN. Yo como un roble; y sino me faltasen el pelo, los dientes, y la vista, pareceria un muchacho.

DIEGO. Lo celebro. Pero háblame, háblame de tus hijas.

FABIAN. Pronto las verás y podrás juzgar tú mismo. La mayor, Serafina, es un verdadero serafin: juiciosa, aplicada y buena cristiana, no se asoma al balcon nunca, ni pone los piés en la calle sino cuando va á la iglesia. Toca el piano como una profesora, cose como una modista, y sabe hacer natillas y huevos moles como el mejor cocinero.

DIEGO. Me acomoda esa.

FABIAN. A Paz, la segunda, la viene el nombre de molde; es humilde, trabajadora, inocente, y ademas lindísima; un retrato mio.

DIEGO. Hum! hum!

FABIAN. En fin, la tercera, Mariana, es un modelo de habilidades y de virtudes: borda en cañamazo, canta de tiple, habla francés, y confiesa cada ocho dias.

DIEGO. Tambien esa me acomoda. Y el genio?

FABIAN. Todas son unas corderitas!

DIEGO. Pues es cosa concluida: me dedicaré á estudiarlas un par de semanas; veré cual me conviene mas, y dentro de un mes nos casamos. Dotaré á mi mujer en unos cien mil duros, y el resto, como no tengo sino dos sobrinos lejanos, servirá para dotar tambien á sus hermanas.

FABIAN. Diego, sino fuese por un dolor reumático que padezco en la rodilla izquierda, ahora mismo me arrojaria á tus piés.

DIEGO. Estate quieto.

ESCENA IV.

DICHOS, D. LUIS *y* D. CARLOS.

LUIS. Felices dias, señor D. Fabian.

CARLOS. Beso á usted la mano.

FABIAN. A Dios, señores.

DIEGO. (*Ap.*) Quienes son estos mequetrefes?

FABIAN. (*A Diego.*) Dos compañeros de infancia de las niñas... dos escelentes muchachos. El uno es hijo de D. Rufo, no te acuerdas de D. Rufo, hombre?

DIEGO. No.

FABIAN. Aquel que se vistió de colorado cuando se le murió la mujer.

DIEGO. Ah! De esos Rufos he conocido yo bastantes!

FABIAN. El otro es sobrino de D. Anacleto. A que no te acuerdas tampoco del bribon de Anacleto?

DIEGO. No, no... te lo aseguro.

FABIAN. Aquel que era tan aficionado á las francachelas y al trinquis, y á las muchachas, y al montecito.

DIEGO. Tambien he conocido tantos de esos Anacletos..!

FABIAN. Luisito canta duos con Mariana.

DIEGO. Hum! Cantan duos, eh?

FABIAN. Carlitos enseña á Serafina el francés...

DIEGO. No la enseña mas que el francés?

FABIAN. En fin, yo los considero como hijos mios, y las chicas como hermanos.

DIEGO. Mucho es que no hayas pensado en casar á alguna con alguno.

FABIAN. Quea! Si los dos son tan pobres! Luisito es músico, y Cárlos folletinista.

DIEGO. Pues no digas mas: serán pobres de solemnidad. Pero si yo doto á las chicas...

FABIAN. Eres un ángel!

(*Durante este diálogo Luis y Cárlos han hablado entre sí en un estremo del teatro: ahora se acercan.*)

LUIS. Señor D. Fabian, y las niñas?

FABIAN. Acabando de vestirse: ahora saldrán. Señores, presento á ustedes á mi amigo íntimo D. Diego Forragaitas, persona apreciabilísima y notabilísima.—Vuelve de Filipinas (*Bajo á Luis.*) millonario.—Va á casarse con una de de mis hijas. (*A Cárlos.*)

LUIS. Caballero, celebro infinito conocer á usted.

CARLOS. Tengo una satisfaccion...

DIEGO. Gracias... lo mismo digo.

LUIS. Si usted me permite que le dedique una fuga en celebridad de su llegada...

DIEGO. (*Ap.*) Esto significa que me quiere desalojar de aqui.

CARLOS. Si da usted su consentimiento para que anuncie en mi folletin el arribo de un personaje tan eminente...

DIEGO. No, no. Soy enemigo de esas cosas; y en cuanto á la

música es de todos los ruidos el que me incomoda mas.

LUIS. (*A Cárlos.*) Es un salvage!

CARLOS. (*A Luis.*) Es un hotentote.

LUIS. Despreciar mi dedicatoria!

CARLOS. No admitir mi incienso!

FABIAN. Pero (*Durante este diálogo ha ido á llamar á la puerta del cuarto de su hija.*) chiquillas, no os despachareis?

SERAF. (*Dentro.*) Allá vamos, papá.

FABIAN. (*A Diego.*) Están poniéndose de veinticinco mil alfileres para recibirte dignamente. Y si viesen cómo se han alegrado al saber tu venida! Serafina brincaba de gozo: Paz rezó una salve en accion de gracias: y á Mariana, á la pobrecita Mariana, le dió un síncope de alegría.

DIEGO. Es posible!

FABIAN. Ya verás, ya verás que elegantes se visten solo con cuatro trapitos.

(*Abrese la puerta de la izquierda y aparecen las tres hermanas ridícula y grotescamente ataviadas. Serafina lleva un vestido muy corto y tres plumas en la cabeza. Paz sale muy descotada, de manga corta, y cargada de flores y relumbrones. Mariana con un peinado muy alto y un velo blanco que casi la cubre toda. El resto del atavio no menos estrafalario. Al verlas todos lanzan una esclamacion de sorpresa y admiracion.*)

ESCENA V.

DICHOS, SERAFINA, PAZ *y* MARIANA.

FABIAN. Qué veo!

DIEGO. Estamos en carnaval?

CARLOS. Se han vuelto locas? (*A Luis.*)

LUIS. Asi parece.

FABIAN. Pero estais empecatadas, criaturas? (*Bajo.*) Por qué os habeis vestido de mogiganga?

MARIANA. Papá, nos dijo usted que nos pusiéramos los trapitos de cristianar...

PAZ. Este traje es el que estrenó mamá el dia de su boda.

FABIAN. Treinta años há!

SERAF. Y este es el que se hizo para ir al besamanos cuando el tercer matrimonio de Fernando VII con la Reina Amalia.

MARIANA. Y como tales modas no pasan nunca...

SERAF. Queriendo complacerle á usted...

PAZ. Y manifestarle nuestra obediencia ..

MARIANA. Nos hemos engalanado.

DIEGO. Esa parece una girafa (*Por Mariana.*) La otra un caballo de casa real... Y esta una bailarina de cuerda floja. *(Por Paz.)*

FABIAN. Amigo mio, discúlpalas: como son tan inocentes, tan sencillas. . como no conocen el mundo, han creido hacerte un obsequio...

DIEGO. Pues se lo agradezco infinito.

LUIS. Pero no me esplicarás lo que esto significa? (*Ap. á Paz.*)

PAZ. Silencio! (*Ap.*)

FABIAN. Ahora permíteme que te las presente.

DIEGO. Con mucho gusto.

FABIAN. Esta es la mayor, Serafina; un verdadero serafin cuando no está disfrazada.

DIEGO. Lo creo. Ay! (*Serafina le dá un pisoton.*)

FABIAN. Qué es eso?

DIEGO. Me ha deshecho un callo.

FABIAN. Habrá torpe! Esta es la segunda, Pacecita, la bondad, la mansedumbre personificadas.

DIEGO. Cara tiene de eso. (*Paz aparenta acariciar al perro de don Diego, le pellizca y el perro chilla.*) Qué haces, niña?

PAZ. Estoy acariciando al pobre animalito.

DIEGO. Buen modo! Quita, quita!

FABIAN. En fin, aquí tienes á la menor, Marianita; que es casi, casi una santa. *(Las tres hacen cortesías ridículas.)*

MARIANA. Jesus, D. Diego, que avejentado está usted! Parece que le han echado un siglo encima! Toma! Y ha perdido usted los dientes! Y trae usted peluquin!

DIEGO. Qué desvergonzada es!

FABIAN. Es el candor, la franqueza misma! Quieres callar demonio? *(A Mariana.)*

MARIANA. Vaya! Todo no es posible tenerlo: vuelve usted millonario; pero me parece que no disfrutará usted mucho de sus riquezas.

DIEGO. Hum! hum! (*Ap.*) Esta chica es un animal!

FABIAN. *(Bajo.)* Estás loca, maldita?

MARIANA. Yo no digo nunca sino la verdad.

FABIAN (Me vá á dar un insulto!) A ver, Serafina, toca en el piano aquellas variaciones tan lindas, para que te oiga el señor D. Diego.

SERAF. Ay papá, si se me han olvidado! *(Luis y Cárlos se sientan junto á Mariana y Paz, y les hablan con calor.)*

DIEGO. *(Ap.)* Mejor! Y esos títeres cómo cuchichean con las otras!

FABIAN. Pues cualquiera cosita.

SERAF. No me acuerdo de nada.

FABIAN. Le dá vergüenza. *(A Diego.)* Es tan vergonzosa. Vamos, yo lo mando.

SERAF. Si lo manda usted... *(Yendo al piano.)*

FABIAN. Ves que obediencia la suya?

DIEGO. Sí, sí.

FABIAN. Silencio, silencio todos. *(Serafina toca un vals muy mal y dando grandes porrazos: luego empieza otra pieza, hasta que al fin se levanta diciendo:)*

SERAF. Lo vé usted, papá? Sino puedo.

FABIAN. Es cierto. Ha abandonado la música por dedicarse á la cocina.

DIEGO. Ha hecho perfectamente.

FABIAN. Ahora tú, Marianita. *(Esta no hace caso.)* Mariana!

DIEGO. Déjala! Está muy distraida.

FABIAN. Niña *(Yendo á donde está: la agarra de un brazo, y la hace levantarse)*, no me oyes?

MARIANA. Ay! papá! No me pellizque usted.

FABIAN. Yo te pellizco, yo? (Calla!)

MARIANA. Mire usted en el brazo el cardenal. Ay! ay!

FABIAN. (Silencio!)

DIEGO. Qué mal criadas estan!

FABIAN. Luisito, venga usted á acompañarla.

LUIS. Voy allá. *(Se sienta al piano, Mariana se pone á su lado.)* Qué quiere usted cantar?

MARIANA. A ver que tal estoy de voz? *(Hace una escala desafinando mucho.)* Perfectamente. Cantaré la *Casta diva* de la *Norma*!

FABIAN. Ya verás, ya verás. *(Sentándose junto á Diego.)* La canta mejor que la Malibran y que la Pasta. Atencion, atencion! *(A los otros.)*

MARIANA. Ya empiezo. *(Canta tan fuerte y mal que al fin se levanta Diego y la interrumpe.)*

DIEGO. Basta, basta por Dios! Déjalo! Qué cencerrada! Hija mia, dedícate á otra cosa, porque no te llama Dios por ese camino.

MARIANA. Cómo! Y alcancé tantos triunfos en el difunto Liceo artístico y literario!

FABIAN. Es que no estás en voz hoy!

MARIANA. Es usted el primero que me lo dice. (*A D. Diego.*)

DIEGO. Pero no seré el último.

MARIANA. Se conoce que en Filipinas no hay mucha inteligencia para la música.

DIEGO. (Qué descoco!)

MARIANA. Habrá allí tanto, tanto bárbaro...

DIEGO. Oiga!

FABIAN. Estás endemoniada, chica? (*Poniéndole la mano en la boca.*)

MARIANA. Lo que entenderá él de armonía!

DIEGO. Mas que tú.

MARIANA. El demonio del viejo! (*Entre dientes.*)

DIEGO. Eh?

FABIAN. Es muy bromista! Ah! ah! Pero ahora que lo pienso estarás en ayunas. Quieres que te traigan aquí mismo el almuerzo?

DIEGO. No me vendrá mal, porque tengo un apetito... y estoy tan derrengado del viaje, que no acierto á levantarme de esta silla.

FABIAN. Paz, Serafina, id corriendo á traer aquí el almuerzo del señor D. Diego. No os olvideis de aquella conserva de ciruela tan rica, que vosotras haceis, ni del vinillo de Alicante que me mandó el intendente. Ah! sacad tambien las mantecadas de Astorga, y...

PAZ. Pero no esté usted cargado con el perrito. Démelo usted, y yo cuidaré de él. (*A D. Diego.*)

DIEGO. (Creo que puedo fiarme de esta.) Toma, toma; pero no le dejes escaparse á la calle, porque se perderia.

PAZ. No se apartará de mí. (Ahora mismo voy á echarle á la escalera.)

SERAF. El pobre lorito tendrá hambre: quiere usted que le demos algo de comer?

DIEGO. Gracias, hija mia; pero no le des perejil porque reventaria.

SERAF. No señor, no. (Un manojo entero se vá á comer para que reviente.)

FABIAN. Sacad mantel limpio, la bajilla de porcelana, y el cubierto de plata sin estrenar. En fin, no hagais ninguna diablura.

SERAF. No tema usted que hagamos... (una sola.)

PAZ. Hasta luego, señor D. Diego.

DIEGO. Id benditas de Dios.

MARIANA. Venid con nosotras adentro. (*A Luis y Cárlos.*)

LUIS. Pero tu padre...

MARIANA. Cuando os digo que vengais...

PAZ. Vamos.

SERAF. Vamos.

ESCENA VI.

D. DIEGO, D. FABIAN.

DIEGO. Díme, Fabian (*Mirándolos marchar.*), van tambien esos señoritos á prepararme el almuerzo?

FABIAN. Eh! eh! Son como de la familia.

DIEGO. Sí? Pues cuando me case, si me caso, yo cortaré relaciones.

FABIAN. Como gustes, Diego, como gustes; y voy á decirles...

DIEGO. No, no quiero pasar por ridículo. Santa Bárbara! (*Oyese ruido de bajilla rota.*)

FABIAN. Qué será eso? Parece que se hunde la casa. Dispénsame, amigo mio; corro á ver lo que ha sucedido. (Estas criaturas se han vuelto locas.)

ESCENA VII.

D. DIEGO.

DIEGO. Qué baraunda! Qué trapisonda! Y Fabian que me ponderaba la educacion, el juicio, las habilidades de sus hijas! Muy diferente idea tenia yo formada de ellas. Cuando niñas, eran tan buenas, tan amables, tan bonitas! Y lo que es bonitas lo son todavía. Cáspita si lo son! Y sino fuese por eso...

ESCENA VIII.

DICHO. *Dos criados traen una mesa con un mantel muy sucio.* SERAFINA *sale detrás de ellos.*

SERAF. Colocadla ahí, delante del señor D. Diego. (*A los criados que lo hacen.*) Aquí tiene usted su almuerzo ya.

DIEGO. Gracias. (Esta al menos es atenta!)

SERAF. Marchaos. Yo le serviré. (*Vánse los criados.*) Dispense usted si el mantel no está muy limpio, pero es el del domingo.

DIEGO. (Y hoy es sábado.)

SERAF. Y la lavandera no ha venido todavía. Tampoco los platos son muy buenos, mas acaba de sucedernos una desgracia.

DIEGO. Cual? (*Desdoblando la servilleta que tambien es sucia.*) Esta servilleta tiene lo menos tres semanas. (*Ap.*)

SERAF. Figúrese usted que habíamos puesto sobre la mesa del comedor la bajilla de china; pero la aturdida de Mariana se olvidó de asegurar bien el tablero, y todo vino á tierra.

DIEGO. Cómo! Ese fué el estrépito de antes?

SERAF. Justamente.

DIEGO. Este pollo está hecho carbon.

SERAF. Se habrá descuidado la cocinera.

DIEGO. Veamos esta chuleta! Puf! (*Gustándola.*)

SERAF. Qué tiene?

DIEGO. Pica que rabia.

SERAF. Pues! Se le habrá ido la mano con la pimienta: siempre le sucede lo mismo.

DIEGO. Qué gusto (*Echándose vino y bebiendo.*) me ha dejado en la boca! Esto no es vino!

SERAF. Toma! Si han equivocado la botella. Por la de Alicante han puesto la de la tinta. Pero tome usted un poquito de dulce para que se le quite el sabor: lo hacemos nosotras mismas, y nos enseñó nuestra tia la monja de Alcalá.

DIEGO. (El pan es de ayer.)

SERAF. No me ha dejado *(sirviéndole el dulce)* usted antes acabar lo que le contaba.

DIEGO. Ah! lo de la bajilla? Se haria añicos.

SERAF. Enteramente; pero no fué eso lo peor, sino que habíamos colocado debajo de una mesa, y sobre una almohada, á su perrito de usted.

DIEGO. Santo Dios! Y se ha hecho daño?

SERAF. Pobre animal! Se ha hecho una tortilla!

DIEGO. Cielos! Mi Azor! Mi pobrecito Azor! Quiero verlo, quiero... *(Va á levantarse)*.

SERAF. Para qué? Qué *(Deteniéndole.)* adelantaria usted ya? Cuando yo vine aquí, habia espirado! La culpa es de Mariana, y de nadie mas... porque es tan tronera... tan... Cada dia hace dos ó tres de esas!

DIEGO. (Buena alhaja para mujer propia.)

SERAF. Almuerce usted, almuerce usted. Sino ha probado usted nada.

DIEGO. (Como si se pudiese probar algo!)

SERAF. El dulcecito!

DIEGO. Vamos allá! Jauh! *(Empezando á comer.)* Este dulce es ágrio!

SERAF. Agrio!

DIEGO. Y huele á vinagre.

SERAF. Es cierto! Ya caigo! Estaba un poco seco, y creyendo yo echarle agua, le eché sin duda vinagre.

DIEGO. Quítalo, quítalo de ahí! Puf!

SERAF. Tome usted al menos una torta de estas: son esquisitas.

DIEGO. Venga, porque me estoy muriendo de hambre!

SERAF. Tambien las hacemos nosotras en casa.

DIEGO. (Buena recomendacion.) Berrr!

SERAF. Está mala?

DIEGO. Otra distraccion como la del dulce: en vez de azúcar, le habeis echado sal por encima!

SERAF. Es posible?

DIEGO. Esto es una burla! Esto es una mofa! Parece que lo haceis exprofeso para atormentarme. Ah! *(Da un puñetazo en la mesa que es coja, y se le vuelca encima con todo.)*

SERAF. Se me olvidó advertir á usted que la mesa estaba coja, y que era preciso tener cuidado.

DIEGO. Quítate de mi presencia, desventurada! Quítate, porque sino... No sé si podré contenerme.

SERAF. Qué genio! Ya me voy! ya me voy!

ESCENA IX.

DON DIEGO, *despues* MARIANA.

DIEGO. Yo no he almorzado; (*Levantándose y limpiándose.*) pero en cuanto á mi ropa, puede haber quedado satisfecha: todo me ha caido encima... hasta la tinta! Estamos buenos! La paciencia de un santo no bastaria...

MARIANA. (*Cuando ella sale, salen tambien los criados, que quitan la mesa y los cacharros rotos.*) D. Diego, la pobre Serafina acaba de decirme el estropicio que usted ha hecho.

DIEGO. (Solo faltaba que esta viniese ahora...)

MARIANA. Ademas, parece que todavía ha pegado usted con ella.

DIEGO. Os habeis propuesto todas desesperarme?

MARIANA. Al contrario: lo que queremos es complacerle á usted, para ver, como dice papá, si le pescamos.

DIEGO. Oiga! Eso ha dicho el bueno de Fabian?

MARIANA. Y á qué estamos sino las muchachas, y sobre todo las que somos pobres? Cuando supimos que usted queria casarse con una de nosotras, dijimos: qué fortunon se nos entra por las puertas!

DIEGO. Gracias!

MARIANA. No por usted, pues es menester confesar que está usted muy desengañadillo, sino por sus riquezas!

DIEGO. Ya! (No se ha visto descaro igual!)

MARIANA. Porque la cuenta que una echa es la siguiente: Seis ó siete años de purgatorio, y luego la gloria. Hablemos claro: usted es muy viejo y está muy achacoso, y lo mas que aun puede vivir es ese tiempo.

DIEGO. Deslenguada!

MARIANA. Yo, segun habrá usted conocido, soy la franqueza misma; y asi no quiero ocultarle nada. Tengo novio.

DIEGO. Me gusta la confianza!

MARIANA. Pero, sin embargo, estoy pronta á sacrificarme. Yo le diré: aguarda á que cierre el ojo D. Diego para ser felices. Y él aguardará... Porque me quiere tanto!

DIEGO. De veras? (Estoy divertido.)

MARIANA. Con que vamos á ver, me elije usted á mí ó á cual? Necesito saberlo pronto para tomar mis medidas, y para darle una idea de mi carácter.

DIEGO. Ya le conozco bastante!

MARIANA. En primer lugar yo soy muy alegre, muy amiga de diversiones, y quiero abono en los teatros y en los toros. Ademas, me gusta mucho el baile, y exijo que me lleve usted á cuantos haya este invierno, inclusos los de palacio. La *polka*, la *varsoviana*, la *shotish*, son mi fuerte. Baila usted todavía D. Diego?

DIEGO. Bailar yo?

MARIANA. Sino no sabe usted, es menester que aprenda. En esta época bailan hasta los ministros. Venga usted, venga usted. Voy á darle una leccioncita. (*Se acerca á D. Diego y le hace poner en pié.*)

DIEGO. Estás loca, criatura?

MARIANA. No hay remedio: ha de bailar usted. (*Le coje y le obliga á bailar.*)

DIEGO. Suéltame; (*Haciendo esfuerzos para desasirse y bailando á pesar suyo.*) déjame: que me mareo... que me mareo... Suéltame. Suéltame. Uf! (*Le suelta y cae en un sillon.*)

MARIANA. A mí me gustan mucho (*Sin hacer caso de él.*) el lujo, las joyas, los brillantes... Me comprará usted buenos aderezos, y me pondrá berlina y carretela.

DIEGO. Yo me ahogo. (*Abanicándose con el faldon de la levita.*)

MARIANA. Exijo tambien que se asee, que se elegantice usted: sino cuando fuésemos juntitos, creerian que era usted mi criado.

DIEGO. Asi, asi, hija mia.

MARIANA Por lo tanto, se pondrá usted dentadura postiza... y se quitará el peluquin.

DIEGO. Déjame en paz.

MARIANA. Tengo horror á los peluquines, y ahora mismo... (*Quitándosele.*)

DIEGO. Desventurada! Quieres estarte quieta? Que me voy á constipar... (*Estornuda.*) Hachi! Lo ves, demonio? Ya me he constipado!

MARIANA. Es menester que se acostumbre usted, porque es cosa resuelta entre nosotras: el hombre con quien nos casemos ha de tener peluconas... pero no peluca! (*Guardándosela en el bolsillo.*)

DIEGO. Dámela! Dámela!

MARIANA. Voy á hacer con ella lo que he hecho con el loro.

DIEGO. Pues qué has hecho con mi loro, maldecida?

MARIANA. Le he arrojado por el balcon.

DIEGO. Infame! Por qué?

MARIANA. Porque me aturdia con sus gritos. Yo tengo el genio muy vivo, y sin pensar en lo que hacia, le cogí, y pataplum! al patio fué!

DIEGO. Y harás lo mismo con tu marido el dia que te estorbe, no es verdad, angelito?

MARIANA. Es claro.

DIEGO. Pues anda, anda, que se case contigo Satanás!

MARIANA. No me faltarán proporciones si usted no me quiere.

DIEGO. Calla! Pécora!

MARIANA. Si creerá usted que yo me aflijo porque pierda sus patacones de usted?

DIEGO. Vete, vete.

MARIANA. Pues como está usted tan apetecible! Solo podía una casarse cerrando los ojos!

DIEGO. Víbora!

MARIANA. Es usted un viejo caduco, un viejo asmático!

DIEGO. Y tú una loca!

MARIANA. Y usted un carcamal!

DIEGO. Desvergonzada!

MARIANA. Usted se arrepentirá de haberme insultado.

DIEGO. A mí me va á dar un sofoco!

MARIANA. Si señor, si señor. Vendrán á pedirle á usted una satisfaccion.

DIEGO. Vete.

MARIANA. Y le mandarán á usted unos cuantos meses antes á la sepultura.

DIEGO. Yo me muero! (*Abanicándose con el faldon.*)

MARIANA. Hasta mas ver.

ESCENA X.

DON DIEGO.

Yo me marcho al instante de esta casa! Yo no puedo vivir aqui. Me arrebatan mi familia, mi perro y mi loro, los únicos séres que amaba en el mundo! Me matan de hambre... y no me dejan un minuto de reposo. Fabian! Fabian! Dónde se habrá metido ese hombre? Fabian!

ESCENA XI.

D. Diego, D. Fabian.

Fabian. Aqui estoy, amigo mio, aqui estoy!
Diego. (Disimulemos!) Voy á pedirte un favor.
Fabian. Mándame cuanto gustes.
Diego. Tu casa es preciosa, pero me parece un poco fria.
Fabian. Ya! Como te has desabrigado. (*Por la peluca.*)
Diego. Es verdad. Ya no me acordaba siquiera. (*Saca un pañuelo y se le ata á la cabeza.*)
Fabian. Pondremos brasero, chimenea si quieres.
Diego. Gracias. Yo necesito sol de mediodia, y esto está al norte: con que vé corriendo á buscarme una habitacion buena, y no repares en el precio.
Fabian. Ay Dios! cuanto lo van á sentir las niñas!
Diego. Yo tambien lo siento... muchísimo.
Fabian. Qué! te ha disgustado el almuerzo?
Diego. Al contrario: me ha parecido escelente... y he comido como un Heliogábalo.
Fabian. Y las niñas? Qué tal?
Diego. Son encantadoras.
Fabian. Son ángeles: no es verdad?
Diego. Sí, sí. (Del infierno.) Con que corre y vuelve pronto.
Fabian. Voy allá. (*Yendo y volviendo.*) Supongo que esto en nada alterará tus planes?
Diego. Es claro.
Fabian. Hasta despues. (Mejor que mejor: asi no sufriremos sus rarezas.)

ESCENA XII.

D. Diego, *á poco* Luis *y* Carlos.

Diego. Mentira me va á parecer cuando me vea fuera de esta casa. Hagamos nuestros preparativos para echar á andar en cuanto Fabian vuelva.
Luis. Caballero, puede usted escuchar una palabra?
Diego. (Qué querrá este boquirubio?)
Carlos. Yo tambien deseo hablar á usted.
Diego. Qué se les ofrece á ustedes?... Acabemos.

LUIS. Yo soy el amante de la señorita Serafina.
CARLOS. Y yo de su hermana Marianita.
DIEGO. Pues quieren ustedes buen par de gangas!
LUIS. Yo la adoro frenéticamente, y no puedo consentir en que se case usted con ella.
DIEGO. Y quién le dice á usted que yo pienso en tal cosa?
LUIS. Sé que el matrimonio está arreglado.
DIEGO. Se equivoca usted.
CARLOS. En cuanto á mí, vengo á pedirle á usted satisfaccion por haber insultado groseramente á Mariana.
DIEGO. Insultarla yo? Ella ha sido la que...
LUIS. Asi, qué armas elige usted, caballero?
CARLOS. Designe usted padrino, hora y sitio.
DIEGO. Y por qué me he de batir con ustedes?
LUIS. En la inteligencia de que si usted rehusa, le costará mas caro.
CARLOS. Porque lo publicaremos en los periódicos...
LUIS. Le sacaremos en caricatura...
CARLOS. Y le abofetearemos donde le encontremos.
DIEGO. Basta, basta, señores. Aunque viejo, sé manejar todavía una espada, y no consiento que me ultrajen.
LUIS. Perfectamente.
CARLOS. Tome usted mi tarjeta.
LUIS. Aqui está la mia.
CARLOS. Usted nos mandará sus padrinos.
LUIS. Y espero que el asunto no se dilate.
DIEGO. Mañana mismo. (*Furioso.*)
LUIS. Beso á usted la mano.
CARLOS. Servidor suyo.
DIEGO. Vayan ustedes... (Con mil demonios!)

ESCENA XIII.

DON DIEGO.

Un desafio! dos desafios... y por esas arpías! Pero qué diantre! Yo me acordé de que en mis floridos años fuí algo espadachin y... No hay escape: *(con temor)* me matarán, sino el uno el otro. Dios mio! Por qué he venido yo á esta casa? Por qué me ha ocurrido la funesta idea del matrimonio?

ESCENA XIV.

DICHO, PAZ, *bien vestida ya.*

PAZ. Cómo, señor D. Diego, le han dejado á usted solo?

DIEGO. Mas vale solo que...

PAZ. No acabe usted: comprendo su pensamiento. Pero tanto le han incomodado á usted mis hermanas?

DIEGO. Pst! No gran cosa.

PAZ. Perdónelas usted. Serafina es un poco pesada: Mariana por el contrario, es viva, traviesa, aturdida. Pero le aseguro á usted que las dos tienen buen fondo.

DIEGO. (Esta parece mejor!) Hola! te has quitado aquellos arrumacos?

PAZ. Si señor; y estaba avergonzada con ellos.

DIEGO. Muy bien. (Qué razonable es!)

PAZ. Serafina me ha dicho que no ha probado usted bocado; y yo misma le he dispuesto á usted otro desayuno.

DIEGO. Gracias, gracias.

PAZ. No tema usted... respondo de que almorzará.

DIEGO. Lo has hecho tú?

PAZ. Si señor: todo!

DIEGO. Entonces...

PAZ. Confiese usted que tiene apetito.

DIEGO. Pst! un poquillo.

PAZ. Cosme, Pedro. (*Llamando: salen las criados trayendo una mesa limpia y elegante, con manjares escogidos.*)

DIEGO. Hola! Parece que ha venido la lavandera.

PAZ. Si señor: espere usted. Voy á ponerle este almohadon para que esté usted mas cómodo.

DIEGO. Gracias, gracias, hija mía. (Qué diferente es de las otras!)

PAZ. A ver que tal le parece á usted este pastel? (*Sirviéndole.*)

DIEGO. Escelente! Y lo hiciste tú tambien? (*Comiendo con ansia.*)

PAZ. Todo lo que hay aqui es obra mia.

DIEGO. Veamos el jamon. Esquisito. Dime, con que el pobre Azor?...

PAZ. Corriendo anda por toda la casa.

DIEGO. Cómo! no se ha muerto?

PAZ. No señor: se quedó un poco aturdido con el golpe, pero luego... Quiére usted verle?

DIEGO. Despues, despues. (*Comiendo siempre.*) El infeliz loro pagó por los dos.

PAZ. Ahora mismo estaba entonando el gloria patrí y las letanías.

DIEGO. Es posible? Tampoco se ha muerto?

PAZ. No señor: cayó sobre la parra del patio, y no se hizo mal.

DIEGO. Perfectamente. Eres un ángel. Cómo te llamas?

PAZ. Paz.

DIEGO. Pues eres un ángel de paz, asi como tus hermanas son la personificacion de Satanás.

PAZ. Las juzga usted mal.

DIEGO. Si supieses todas las diabluras que me han hecho!

PAZ. Las sé. Por de pronto Mariana me ha encargado que le devuelva á usted esto. (*Le dá la peluca.*)

DIEGO. Venga (*Se la va á poner y se detiene.*) Ponérmela delante de ella!... no, no... Y qué bonita es! (*Mirándola.*) (*Se levanta: Paz acude á darle el brazo; le conduce á un sillon, le pone la almohada detrás, y á una seña llegan los criados con una copa con fuego y la colocan á sus piés.*) Gracias! Tú piensas en todo. (*Mientras Paz se vuelve para indicar á los criados que retiren la mesa, D. Diego se quita el pañuelo y se pone la peluca de prisa. Paz lo vé.*) Ahora que no me mira...

PAZ. Espere usted: yo le ayudaré.

DIEGO. (Me vió.) Siéntate junto á mí, querida... mas cerca... aqui... perfectamente. Con qué estas enterada de todo?

PAZ. De todo.

DIEGO. Del desafio!... ó de los desafios, tambien?

PAZ. Tambien: pero tranquilícese usted; no se realizarán.

DIEGO. De verás?

PAZ. Yo me encargo de eso.

DIEGO. Dios te lo pague. Pero dime tú, qué causa?...

PAZ. Una causa muy natural: á Serafina y á Mariana les gustan mas los jóvenes... que los que no lo son.

DIEGO. Entiendo. Y tú, tienes amante como ellas?

PAZ. Yo? No!

DIEGO. Entonces...

PAZ. Pero el dia que me case lo haré por cariño, por inclinacion, no por cálculo. Ay señor D. Diego! Todos los matrimonios á los que preside una idea interesada, un pensamiento único de conveniencia, salen por lo comun

mal. Lo necesario, lo indispensable, es que las personas se conozcan, se aprecien, y se entiendan.

DIEGO. Y sabes, hija mia, que creo que nosotros dos nos entenderiamos muy fácilmente?

PAZ. Hay otra clase de enlaces no menos espuestos, no menos peligrosos. Aquellos en que la edad de los contrayentes es muy desigual.

DIEGO. Ah! (*Con mal humor y apartándose de ella.*)

PAZ. Esa diferencia de edades trae consigo diferencia de carácter, de gustos, y de aficiones. Si la mujeres jóven, desea brillar en el mundo, ser la primera en los paseos, en los teatros y en los bailes; mientras que si el marido es... viejo... solo se complace en el retiro, en el reposo, en la quietud de la vida doméstica. De aqui las disputas, las desavenencias, las quejas... De aqui, en fin, la infidelidad. . y tal vez la separacion.

DIEGO. Es verdad. (*Involuntariamente.*)

PAZ. Porque hay cosas que deben hacerse en cierta época de la vida... ó no hacerse nunca. Asi, el matrimonio despues de los cuarenta años, es casi siempre un grave error.

DIEGO. Es verdad.

PAZ. Lo que necesita el hombre que en el último tercio de su vida se vé sin esposa, sin hijos, sin nadie en fin, es crearse una nueva familia; tener á su lado un amigo que le ame, una persona que le respete, y que le mime: que le lea las obras que amaba en su juventud, que le cante las canciones que entonces preferia, que vele por él con la ternura de una esposa, con el interés de una hija.

DIEGO. Y querrás tu ser esa hija, (*conmovido.*) querrás?

PAZ. Si señor, si señor... pero hija nada mas.

DIEGO. Ah! Por qué no te he conocido treinta años antes?

PAZ. Yo sin embargo no lo siento.

DIEGO. Cómo? Por qué?

PAZ. Porque no tendria diez y ocho ahora.

DIEGO. Pues queda convenido: viviré á tu lado siempre, y si te casas... que sí te casarás...

PAZ. No digo que no.

DIEGO. Tu esposo vivirá igualmente con nosotros. En cuanto á tus hermanas...

PAZ. Tengo que descubrirle á usted un secreto.

DIEGO. Habla.

PAZ. No son tan malas como usted se figura.

DIEGO. Pues, y lo que he visto?

PAZ. Y si le dijese yo á usted que todo fue una conjuracion?

DIEGO. Es posible?

PAZ. Una conjuracion femenina, para asustarle á usted, para hacerle desistir de sus proyectos matrimoniales.

DIEGO. De veras?

PAZ. Ni Serafina es tonta, ni Mariana loca, ni Cárlos ni Luis han pensado nunca en batirse con usted. Pero por Dios que no lo sepa papá.

DIEGO. Pues lo sabrá. (*Dando un puñetazo en la mesa y levantándose.*)

PAZ. Señor D. Diego!

DIEGO. Y ahora mismo se lo voy á decir.

PAZ. Por Dios!

DIEGO. Hola! Hola! Fabian! (*Llamando.*) Con que me tomaron ustedes por juguete, por embeleco, por?... Fabian!

PAZ. Calle usted!

DIEGO. Con que se divirtieron en mortificarme, en impacientarme, en?... Fabian?

PAZ. Somos perdidas!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, D. FABIAN *por el fondo*; *por la izquierda* SERAFINA *y* MARIANA, *y por la derecha* D. CARLOS *y* D. LUIS.

FABIAN. Aqui estoy, aqui estoy. Ya tienes la casa tomada: un cuarto precioso en la calle del Príncipe, con sol, chimenea...

DIEGO. Pues ahora mismo me voy á él. Pero, óyeme antes: renuncio á mis planes de matrimonio: no me caso con ninguna de tus hijas.

FABIAN. Por qué? Bribonas, qué le habeis hecho?

DIEGO. Por qué, (*Cambiando de tono y con una expresion de dulzura.*) por qué? Porque Serafina se casa con el señor D. Luis, y Mariana con el señor D. Cárlos.

FABIAN. Cómo! Y Paz contigo, no es verdad?

DIEGO. No. Paz no se casa por ahora. Se queda á acompañarnos, á cuidarnos á nosotros dos....

FABIAN. Entonces no puedo consentir.

DIEGO. Doy á cada una de tus hijas veinticinco mil duros de dote, te acomoda?

FABIAN. Qué oigo?

DIEGO. Y á tí, ángel mio, cincuenta mil. (*Bajo á Paz.*)

PAZ. Con que tambien ha sido una conjuracion?

DIEGO. Sí: una conjuracion... masculina. Y todavía no pago bastante la utilísima leccion que me habeis dado. Casarme yo... á los sesenta y cinco años! Precisamente estaba loco!

Aunque te he dotado ya, (*A Paz.*)
y á fé que no pobremente,
de nada te servirá
si su *exequatur* no dá
ahora un juez omnipotente.

PAZ. Ay! Si niega su sancion!...

DIEGO. Animo! No temas nada;
pues supongo con razon
que hay aqui conjuracion...
para darte una palmada!

FIN.

PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Muro.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Vergara y Compañia.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Barcelona.	Oliva.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cadiz.	Moraleda.
Córdoba.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad-Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Moreno.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Palahi.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada.	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Sagristá.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Parcero.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masía.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano.
Málaga.	Moya.
Murcia.	Adrion.
Moron.	Gil y Montes.
Mérida.	Arauna.
Manzanares.	Gomez Pardo.
Mondoñedo.	Delgado.
Medina del Campo.	Velayo.
Orense.	Novoa.
Oviedo.	C. Fernandez.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Ochoa.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa Maria.	Valderrama.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonnet.
Santander.	Carabantes.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Fee é Hidalgo.
Salamanca.	Torres.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Talavera.	M. Garin.
Valencia.	Bidarte.
Valladolid.	Bassó.
Vitoria.	Ormilugue.
Vigo.	Fernandez Dios.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa y Coronas.